

des, *securitas* la seguridad, *periculum* de peligros, *mortalitas* la mortalidad, *mortem* de la muerte. *Hic* entónces, *lingua viva* la lengua viva, *martyris* del mártir, *sed muta* pero muda, *clamans* clamando, *voce sanguinis* con la voz de la sangre, *ut Abel* como Abel, *improbat* reprueba, *que y, exprobat* execra, *crimen regis* el crimen del rey. *O Trinitas unius* oh Trinidad en la Unidad, *Triumque simplex Unitas* y simplicísima Unidad en la Trinidad, *da haz, ut qui Joanni supplicat* que los que ruegan á Juan, *id impetrent* alcancen aquello, *quod flagitant* que piden. *Amen* así sea.

A SEGUNDAS VISPERAS.—*Jam ferox licitor* pronto el feroz licitor, *ferat faces* llevará las haces, *et jam minantem ensem* y la amenazadora espada, *rabidumque ferrum* y el duro hierro, *vinculis tortis* de las atormentadoras cadenas, *ni pandat sacerdos* si no revela el sacerdote, *abditasacra* el sagrado secreto. *Sentiet* experimentará, *vires* la fortaleza, *que y, prodigum pectus* y el generoso corazón, *animae magnae* de una magnánima alma: *violentus ira* y arrebatado de ira, *satelles* el verdugo, *non quatit* no alterará, *solidamente* en su firme resolución, *tenacem recti* al que permanece constante en el bien. *En Martyr* hé aquí que el Mártir, *praeceps ruit* cae precipitadamente, *tumulatus* y es sepultado, *unda* en el río, *et naufragus* y náufrago, *fluctu placido* silente en las tranquilas y silenciosas ondas, *servat linguam* conserva la lengua, *in usum* para beneficio, *aevis melioris* de mejores tiempos. *Ast flammae* pero unas llamas, *superjectae* que aparecen allí, *natantes discurrunt* andan flotando, *facili amne* en el tranquilo río, *rutilantque* y rutilan, *circa Martyrem* al rededor del Mártir: *Olympus* y es que el cielo, *ornat plaudens* honra con sus aplausos, *benefesta* las obras del santo. *Ornat et linguam* y honra su lengua, *servans* y conservándola, *vividam viva, et adhuc rubentem* y todavía roja, *rosei instar ignis*

á manera de resplandor purpúreo, *indicat* indica, *quaenam fuerit gratia* cual haya sido la gracia, *tacentis linguae* de la lengua que calla. *Sit decus Patri* gloria sea dada al Padre, *genitoque* y al Hijo, *Spiritum Sanctum* y al Espíritu Santo, *qui calet* que ardoroso procede, *puris flammis* del amor purísimo, *ab utroque* de uno y otro, *laudent* alábenlo, *sine fine* sin fin, *psallens* con sus cantares, *orbis uterque* los dos mundos. *Amen*, así sea.

SAN VENANCIO.

A VISPERAS.—*Venantius* San Venancio, *Martyr Dei* Mártir de Dios, *lux et decus* luz y honra, *Camertium* de los Camerinos, *laetus* alegre, *concinuit* entona, *triumphum* el triunfo, *victo tortore* vencido el verdugo, *et Judice*, y el Juez. *Puer* siendo niño, *annis* de quince años, *datur* es echado, *cibus* por manjar, *Leonibus* á unos Leones, *fremetibus*, que bramaban, *longa fame*, con larga hambre, *post vincula* despues de las prisiones, *post carceres*, despues de los azotes. *Sed* pero, *immanitas* la fiereza, *Leonum* de los Leones, *parcit* perdona, *ejus innocentiae* á su inocencia, *lambuntque*, y lamen, *pedes* los piés, *Martyris* del Mártir, *immemores* sin acordarse, *irae* de su ira, *famisque*, y de su hambre. *Verso vertice* vuelta la cabeza, *deorsum* hácia abajo, *cogitur* es obligado, *haurire* á tragar, *fumum* humo: *lampas succensa* una antorcha encendida, *ustulat* quema, *utrimque* por ambas partes, *costas, et viscera* las costillas y entrañas. *Sit laus* sea la alabanza, *Patri* para el Padre, *sit* también sea. *Filio* para el Hijo, *tibi* que, y para tí, *Spiritus*, ó Espíritu Santo: *da* concede, *nobis* á nosotros, *beata gaudia* los bienaventurados gozos, *per preces* por las súplicas, *Venantii* de San Venancio. *Amen*.

DEFUNCION.

El día 15 de Julio próximo pasado, falleció en S. Juan de los Lagos el Sr. Presb. D. Joaquin Escoto, Cura propio de Análec de esta ciudad.

R. I. P.

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

TOM. 4.

Guadalajara, Setiembre 8 de 1885.

NUM. 65.

SECCION I.

La negacion hasta de los más sacrosantos dogmas de nuestra santa religion de que se ocupa el periodismo descreido, la manera tan poco digna con que lo hace y hasta las calumnias que no escasea, ha hecho que los escritores católicos al defender la fé católica y vindicar lo que aquellos han profanado, no lo hayan verificado con la moderacion que se hubiera deseado. Así sucedió en España donde la cuestion se inició; y cundiendo el mal hasta la Francia y aun á la misma Roma, invadió también á nuestra patria. Para poner al corriente á nuestros lectores de este movimiento, copiamos lo que sigue, tomándolo de un periódico de la capital.

CARTA

Del Illmo. Señor Arzobispo de México dirigida al Señor canónigo Lic. D. Ignacio Martínez Barros, Secretario de Cámara y gobierno, quien la publica por disposicion de S. S. Ilustrísima.

“Bien sabe vd., señor Secretario, que ha muchísimo tiempo deseábamos tener un apoyo intergiversable é inamovible en que descansara nuestro modo de ver y de juzgar á los periodistas católicos, y espe-

cialmente á los que se llaman intransigentes, y creemos hallar ese apoyo, ese fundamento de lo que ha pasado últimamente en la ciudad Eterna, y ha dado ocasion á un artículo del *Osservatore Romano* y á una carta de Su Santidad el Señor Leon, Papa XIII, dirigida al eminentísimo Cardenal Guibert, Arzobispo de Paris, en respuesta á la que Su Emi-nencia envió á Su Santidad en 5 de Julio último. Deseamos, señor Secretario, que cuanto ántes haga vd. publicar estos documentos traducidos al español, por ser de una oportunidad palpitante y de la más pronunciada actualidad.

“Para que se comprenda bien el sentido de las palabras del Sumo Pontífice, ó se acentúen, como ahora se dice, convendrá advertir que en Roma habia dos periódicos franceses, redactado uno por Mr. De Houx, y el otro llamado el *Moniteur*. El primero empezó á atacar á todos con artículos sarcásticos y virulentos, y con especialidad al Gobierno italiano, por cuyo motivo mereció, segun dice el *Osservatore*, la censura del Vaticano, y su redactor estuvo, por orden de la autoridad civil, preso, y aun tuvo que pagar, por vía de multa, cierta cantidad de dinero. Despues de este contratiempo cesó la publicacion y su autor regresó á Francia. En esas circunstancias fué sorprendida la

buena fé de uno de los miembros más antiguos del Sacro Colegio, de origen francés, respetable por su virtud, el cual escribió una carta al director del *Amsterbode*, periódico papista holandés, elogiando á los escritores intransigentes, y queriéndose sobreponer al actual Pontífice, y reforzar cierta rebelion contra las ideas modernas y prudentes que caracterizan, segun advierte el mismo *Osservatore Romano*, la política de Leon XIII. Ya se supone que esa carta del Cardenal agradó tanto á los periodistas católicos más exaltados, cuanto disgustó al Santo Padre. A este disgusto alude el Eminentísimo Arzobispo de Paris, en el documento que sigue traducido al castellano."

CARTA DEL EMINENTÍSIMO CARDENAL ARZOBISPO DE PARIS A SU SANTIDAD.

Santísimo Padre:

"Durante la grave enfermedad y el peligro de que he escapado, gracias, así lo creo, á la bendicion de Vuestra Santidad, no he podido estar al corriente de los negocios de la Iglesia. En el momento en que fuí atacado me parecía que las advertencias tan sábias, dadas por Vuestra Santidad, habian afirmado la union completa entre los escritores católicos y descartado las discusiones enojosas que ántes habian aparecido.

"A medida que las fuerzas me vuelven en mi convalecencia y que me es permitido imponerme de los escritos que se publican diariamente, veo con gran pena que esa union tan necesaria, exigida por los peligros del momento, no es tan real ni tan segura como lo esperaba. Me parece que, despues de ciertas polémicas más ó ménos encubiertas, aún existen algunos gérmenes de division y de oposicion tan desagradables, que considero un

deber filial manifestar á Vuestra Santidad el disgusto que me causan.

"En la situacion actual de la Iglesia y en presencia de las terribles hostilidades con que se la combate, todos los buenos cristianos, los miembros del Clero, los Obispos sobre todo, y los dignatorios de la Iglesia, deben agruparse cerca de la persona sagrada del Vicario de Jesucristo y bajo su inspiracion y direccion, sostener la buena lucha con perseverante fidelidad.

"El mal de las divisiones nace siempre de un fondo de amor propio y de una gran confianza en sí mismo que no se sabe reprimir. En mi larga carrera de 44 años de Episcopado, al través de terribles agitaciones y acontecimientos diversos, más de una vez se ha presentado á mi espíritu la idea de que el Jefe de la Iglesia debería tomar tal medida ó evitar tal otra. Más, por la gracia de Dios, me ha ocurrido siempre que yo no he recibido de Jesucristo la asistencia personal que ha prometido á Pedro y á sus sucesores, y la experiencia me ha demostrado que los Papas á quienes he servido, han gobernado sábiamente la Iglesia como lo habian hecho ya, durante diez y ocho siglos, todos los que les habian precedido.

"Deseo vivamente, Santísimo Padre, que todos, en estos tiempos de prueba, se penetren de los sentimientos de respeto, de amor á la Iglesia y de aquella modestia personal que el Evangelio nos enseña, para que esta union íntima de los miembros con la Cabeza, sirva para sostener vuestra autoridad y derramar en vuestro corazón los consuelos á que Vuestra Santidad es tan acreedor.

"Dignaos recibir benignamente, Santísimo Padre, el homenaje de profundo res-

peto y el completo acatamiento con el cual soy

De Vuestra Santidad

Muy humilde y obediente siervo é Hijo,

J. HIP. CARDENAL GUIBERT."

RESPUESTA DE SU SANTIDAD EL PAPA LEON XIII A LA CARTA QUE PRECEDE.

"Muy querido hijo, salud y bendicion apóstol ca:

"Vuestra carta, llena de sentimientos de la más filial adhesion y del acatamiento más sincero hácia Nuestra Persona, ha consolado nuestro corazón contristado por una reciente y grave amargura. Comprendeis que nada podría sernos más profundamente doloroso que ver perturbado entre los Católicos el espíritu de concordia y alterada su tranquila seguridad, y la confianza y la sumision que los hijos deben tener á la autoridad del Padre que los gobierna. Así fué que al aparecer las señales del mal, no pudimos ménos que conmovernos vivamente y hacer todo esfuerzo para conjurar sin tardanza semejante peligro. Ved por qué la reciente publicacion de un escrito, salido de donde ménos podia esperarse y que Vos deplorais tanto como Nosotros, causó gran ruido y dió origen á tantos comentarios, que Nos decidimos á romper el silencio sobre un asunto tan enojoso, considerando nuestro proceder muy oportuno para la Francia y otros países.

"Cuando asoman ciertos males es fácil prever que entre los católicos se encuentren, en estos infelices tiempos, á algunos que no contentos con el papel de súbditos que les corresponde en la Iglesia, crean poder entrometerse en su Gobierno. Ellos

se persuaden más ó ménos que les es permitido examinar y juzgar á su manera los actos de la autoridad. Esta conducta ocasionaria un grave desórden si llegara á prevalecer en la Iglesia de Dios, en la que por ezipresa voluntad de su Divino Fundador se ha establecido de la manera más neta, dos órdenes distintos, la Iglesia docente y la Iglesia audiente, los pastores y la grey, y de entre los Pastores hay uno que es para todos el Jefe y el Pastor Supremo. Solo á los Pastores ha sido dada la potestad de enseñar, de juzgar, de dirigir; á los fieles ha sido impuesto el deber de seguir estas enseñanzas, de sostenerse con docilidad á estos juicios, de dejarse gobernar, corregir y conducir al puesto de la salud. Por consiguiente, es de absoluta necesidad que los simples fieles se sometan en espíritu y de corazón á sus propios Pastores, y éstos con aquellos al Jefe y Pastor Supremo. De esta subordinacion, de esta obediencia, depende la vida de la Iglesia. Es la condicion indispensable para hacer el bien y para llegar felizmente al puerto. Si, al contrario, los simples fieles se atribuyen la autoridad, si pretenden erigirse en jueces y doctores, si los inferiores intentan hacer prevalecer en el gobierno de la Iglesia Universal, una direccion diferente de aquella que imprime la autoridad suprema, no harán por su parte más que trastornar el órden, introducir la confusion en un gran número de Católicos y salirse del recto sendero.

"Y no es necesario para faltar á un deber tan sagrado el hacer una oposicion abierta sea á los Obispos, sea al Jefe de la Iglesia; basta para esta oposicion, hacerla aunque sea de un modo indirecto, oposicion tanto más peligrosa, cuanto que pro-

cura enmascararse con apariencias de bien. Falta igualmente á tan sagrado deber, el que mostrándose muy celoso del poder y de las prerrogativas del Soberano Pontífice, no respeta á los Obispos que están en comunión directa con El, ó no tiene en cuenta su autoridad, ó interpreta desfavorablemente los actos y las intenciones de su Obispo, ántes de conocer el juicio de la Sede Apostólica. Es asimismo una prueba de sumisión poco sincera, el encontrar oposicion entre un Soberano Pontífice y otro. Los que entre dos direcciones diferentes rechazan la del actual para atenerse á la del anterior, no dan prueba de obediencia á la autoridad que tiene el derecho y el deber de dirigirlos, y son semejantes, bajo cierto aspecto, á los que despues de una sentencia condenatoria, quisieran apelar al futuro Concilio, ó á un Papa mejor informado.

“Es necesario tener presente sobre esta materia, que en el Gobierno general de la Iglesia, además de los deberes esenciales del ministerio apostólico, impuestos á todos los Pontífices, es libre cada uno de ellos para seguir aquella regla de conducta que, segun los tiempos y las circunstancias, juzgue mejor. En este punto El es el único juez, contando para ello no solo con las luces especiales, sino además con el conocimiento de la situación y de las necesidades generales del Catolicismo, á las cuales conviene que se extienda su solicitud apostólica. El es quien debe procurar el bien de la Iglesia universal, al cual debe subordinarse el bien de las Iglesias particulares; y cuantos estén sometidos á ese órden, deben secundar la acción del Director Supremo y cooperar á sus designios. Así como la Iglesia es una y su Jefe es único, así también

su Gobierno debe ser único, y á él deben conformarse todos los fieles. Por haber olvidado estos principios se ha disminuido en los Católicos el respecto, la veneración y la confianza en aquel que les ha sido dado por Jefe. Los lazos de amor y de obediencia que debían unir á todos los fieles con sus Pastores, y á los fieles y á sus Pastores con el Pastor Supremo, se hallan muy debilitados. Y sin embargo, de estos lazos depende principalmente la conservación y la salud de todos. Siempre que se olvidan, ó no se observan estos principios, se abre el más ancho camino á las disensiones y á las discordias entre los Católicos y con muy grave detrimento de la unión, que es el carácter distintivo de los fieles de Jesucristo, unión que debería existir siempre, y singularmente en estos tiempos, á causa de tantas potestades contrarias al interés supremo y universal, ante el cual debería desaparecer todo sentimiento de complacencia personal ó de interés privado.

“Si este deber incumbe á todos sin excepción, indudablemente obliga con más rigor á los periodistas, los que cuando no están animados del espíritu de docilidad y de sumisión, tan necesario á todo católico, solo servirán para aumentar y agravar inmensamente los males que deploramos. Para cumplir dicha obligación en todo lo que afecta á los intereses religiosos y á la acción de la Iglesia en la sociedad, es preciso que se sometan plenamente en espíritu y de corazón como todos los demás fieles, á sus propios Obispos y al Pontífice Romano, y que sigan y reproduzcan sus enseñanzas, secundando muy cordialmente su impulso y respetando y haciendo respetar sus intenciones. Los escritores que obraren de otra manera

para cooperar á las miras y á los intereses de aquellos cuyo espíritu y tendencia hemos reprobado en esta carta, faltarían á su noble misión y se lisonjearían vanamente de servir así á los intereses y á la causa de la Iglesia, como aquellos que tratasen de atenuar y disminuir la verdad católica, ó de ser sus defensores demasiado tímidos.”

“Hemos sido compelidos á ocuparnos, Hijo muy amado, en semejantes asuntos, no solamente por la oportunidad que ellos puedan tener para la Francia, sino también por la convicción que abrigamos de vuestros sentimientos, y por la conducta que habeis sabido guardar en los momentos y en las circunstancias más difíciles.

“Siempre firme y valeroso en la defensa de los intereses católicos, y de los derechos sagrados de la Iglesia, Vos los habeis sostenido y defendido varonil y públicamente, en una ocasión no lejana, con vuestra palabra luminosa y potente. Pero á la firmeza habeis sabido juntar siempre esa mesura serena y tranquila, digna de la noble causa que defendeis, conservando siempre un espíritu libre de toda pasión y plenamente sumiso al impulso de la Sede Apostólica, y enteramente adicto á Nuestra Persona. Nos es, pues, muy grato daros un nuevo testimonio de nuestra satisfacción y de nuestra benevolencia muy particular, sintiendo solamente el saber que vuestra salud no está como lo deseamos ardentemente. Dirigimos sin cesar al cielo y con ardor, los votos y las súplicas para que os la devuelva por completo y os la conserve por largo tiempo. Como prenda de los divinos favores que imploramos sobre Vos, con abundancia, os damos con todo nuestro corazón á Vos, nuestro caro Hijo, á vuestro clero y

á todo vuestro pueblo nuestra bendición apostólica.

Dada en Roma, cerca de San Pedro, el 17 de Junio de 1885, año octavo de nuestro Pontificado.—*Leon, Papa XIII.*”

“A conceptos tan claros no hay que añadir otros que desvirtuarían su fuerza; ni á palabras tan enérgicas como escogidas, otras que embrollarían, ó por lo ménos debilitarían las que han salido de los labios del actual Pontífice. Deseamos ardentemente que todos los periodistas que se llaman católicos, penetrados de la situación comprometida en que se hallan los Pastores, y la terrible crisis por la que va atravesando la Iglesia, escuchen, con la veneración que se merece, al Vicario de Nuestro Señor Jesucristo y sigan aun sus más leves insinuaciones con absoluta sumisión; imitando el ejemplo del Cardenal á que hemos aludido al principio, el Emmo. Pitra, quien inmediatamente que supo el desagrado con que el Santo Padre recibió su carta gratulatoria al director del *Amsterbode*, escribió á Su Santidad en estos términos:

“Santísimo Padre:

“Prosternado á los piés de Vuestra Santidad, estoy inclinado ó agobiado bajo vuestra mano, ante el dolor del Vicario de Jesucristo. Esta pena es tan profunda, que no puedo pensar en lo que á mí toca, sin protestar delante de Dios que en el fondo de mi corazón hay la sumisión más completa á las reconvenciones, á las advertencias y á todas las palabras de Vuestra carta, dirigida á su Eminencia el Cardenal de Paris. Deploro lo que Vuestra Santidad deplora; deseo lo que Vuestra Santidad desea; condeno lo que Vuestra Santidad condena.”